

A person is walking away from the viewer down a dirt path that stretches into the distance. The path is flanked by tall, thin trees with dense foliage. The scene is shrouded in a thick mist or fog, creating a somber and mysterious atmosphere. The lighting is dim, with a soft glow emanating from the end of the path where the person is walking.

m e n t i r a s

q u e

f u e r o n

v e r d a d

MANU R. ALIAU

Mentiras que fueron verdad

Manu R. Aliau

Copyright 2017 Manu R. Aliau

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en soporte informático, transmitida por medio alguno (mecánico, electrónico...), fotocopiada, grabada o difundida por cualquier otro procedimiento sin la autorización escrita del autor.

A Lúa, Ariadna y Bea, por hablar claro y herir mis sentimientos cuando ha sido necesario.

A mi familia y amigos por apoyarme siempre y quererme tal y como soy, que no es fácil.

Tabla de contenido

[Prólogo](#)

[El primer día que te tuve desnuda en mi cama](#)

[La serpiente, el ratón y la muerte](#)

[¿Los buenos o los malos?](#)

[La justicia de los hombres](#)

[Bajo la luz de la luna](#)

[La melodía del océano](#)

[Un final feliz](#)

[Yo soy tu karma](#)

[BAU-BAU](#)

[Claro, ¿por qué no?](#)

[El amanecer, el final](#)

[¿Qué se siente justo antes de morir?](#)

[El arbolito](#)

[El porexpan al partirse](#)

[La última vez](#)

[El gorrión mateo](#)

[Sant Jordi, la verdadera historia](#)

[La rana Yuri](#)

[El día que conocí a mi gato](#)

[Adiós](#)

Prólogo

Mentiras que fueron verdad es un conjunto de pensamientos, ideas, sueños y temores que, en forma de relatos, han representado a la verdad de mi vida. Todo lo que he sido está encerrado en los veinte relatos que conforman este libro y cada una de sus historias encarna un pedazo de mí. Debo aclarar que el autor de esos relatos ya no soy yo, aunque lo fui en algún momento, pero ellos son míos y yo les pertenezco. Ellos significan todo lo que fui y ya no soy y también aquello que soy ahora, pero de ninguna manera lo que seré. Son mentiras y fueron verdad.

La historia de mi vida no es más que un sinfín de pequeñas historias, tristes por separado, pero que juntas se escriben con un punto final feliz. Como este libro.

Los senderos se acaban, pero el camino sigue, y con la tranquila alegría de la verdad revelándose en él, yo también seguiré, paso a paso, de sol a sol, hasta el último atardecer.

Manu,

14 de noviembre de 2017

El primer día que te tuve desnuda en mi cama

«El hombre y la mujer han nacido para amarse, pero no para vivir juntos. Los amantes célebres vivieron siempre separados».

—Noel Clarasó.

Siempre recordaré el primer día que te tuve desnuda en mi cama. Estábamos en mi antiguo piso y habías venido a escondidas de tu novio para que te hiciera un masaje a cambio de una tarta que no probé hasta mucho tiempo después. Una estúpida excusa que ambos necesitábamos para desarrollar, sin problemas de consciencia, el juego que se había creado entre nosotros. Estuvimos hablando un rato en el salón y, después, nos metimos en mi habitación.

Nos sentamos en la cama, muy cerca el uno del otro. Nos miramos y sentimos toda la tensión que habíamos estado acumulando desde que nos conocimos en el aeropuerto. No sé tú, pero yo estaba deseando que llegara ese momento. Deseaba estar a solas contigo en mi cama... Te sugerí que empezáramos y estuviste de acuerdo. Cinco minutos después estabas tumbada boca abajo, en mi cama, con los ojos vendados, sin camiseta y con la espalda llena de crema hidratante de coco mientras mis manos te acariciaban. Te desabroché el sujetador y no pude evitar excitarme. Recorrí cada centímetro de tu espalda con mis dedos. No tardé en querer más. Te sugerí que te quitaras los pantalones y lo hiciste de inmediato. Me encantó que obedecieras tan rápido. Con el pulso acelerado empecé a acariciar tus piernas, tus muslos, casi rozando el culote rojo de encaje que llevabas puesto. Sabía que no iba a poder aguantar mucho tiempo sin quitártelo. Me puse más crema en las manos y te masajee los muslos y los glúteos. Pronto tuve que bajar un poco el culote para que no me molestara. Estabas en completo silencio, pero decías muchas co-

sas. Deseabas que te tocara y yo deseaba tocarte. Cuando hube acariciado cada centímetro de tus piernas y glúteos, cogí el culote con ambas manos y comencé a bajártelo. Elevaste la cadera de forma sumisa para que pudiera quitártelo con más facilidad, y te quedaste desnuda en mi cama, con los ojos vendados y llena de crema. En ese momento te deseé locamente. Muy despacio, mis manos recorrieron tus piernas desde los pies hasta los muslos, acariciándote con cariño. Una de las manos se deslizó muy despacio hacia tu sexo y te acaricié brevemente. Noté tu humedad, y eso me excitó aún más. Seguí con el juego y te masajé el cuerpo otra vez, parando de vez en cuando entre tus muslos para rozarte de una forma muy efímera. Empezaste a gemir, y ya no pude evitarlo más: uno de mis dedos se perdió dentro de ti. Era increíble lo húmeda que estabas. Los gemidos se volvieron más intensos y susurraste algo:

–Tenías razón con que el masaje iba a ser especial...

No volviste a hablar. Tu respiración se aceleraba a cada caricia y de tu boca sólo salían gemidos de placer. Saqué mi dedo de tu interior y te pedí que te dieras la vuelta. Lo hiciste y vi tus pechos por primera vez. Eran muy bonitos, con los pezones rosados y discretos. Me unté más crema en las manos y los acaricié. De pronto, tuve la necesidad de darte cariño e, impulsivamente, besé tu vientre. No pude evitar seguir. Besé tu cuello, tus pechos, tus muslos... Volviste a gemir. Introduje dos dedos dentro de ti y alterné las caricias entre tu interior y tu clítoris. Tu respiración se había descontrolado. Besé tus pechos, lamí tus pezones, mordí tu cuello y, entonces, busqué tu boca y el mundo se paró. Nunca antes me habían besado así, demasiada pasión y ansiedad en un mismo beso. Parecía que quisieras beberte mi esencia, aunque pensándolo bien, tal vez lo hicieras. Tras un periodo de tiempo que nunca seré capaz de definir, separé mis labios de los tuyos. Tus manos me buscaron con

ansiedad y te incorporaste porque tus ojos seguían vendados. Te dije que necesitaba que estuvieras relajada. Suspiraste y volviste a tumbarte boca arriba. Rocé tus pezones con mis labios, primero el derecho, después el izquierdo, y, a continuación, me deslicé hacia abajo, lamiendo cada centímetro de piel que encontré, hasta llegar al interior de tus muslos. Acaricié tu sexo casi con amor, mirándolo muy de cerca. Lo besé y te estremeciste. Lo seguí besando mientras tu respiración se agitaba con cada roce de nuestra piel. Unos minutos después, me separé e introduje otra vez mis dedos en tu interior. Primero te acaricié despacio, pero poco a poco, fui aumentando la intensidad. No dejabas de gemir. Te estremecías con cada movimiento de mis manos. No recuerdo cuanto tiempo pasó. Te oí suplicar entre gemidos, casi sin aliento. Suplicabas con cada espasmo de placer que te recorría:

–No pares, por favor. Te lo suplico, no pares...

No lo hice y, poco después, estallaste. Gritaste, enloqueciste y, casi sollozando de placer, sujetaste mi mano con fuerza, haciendo que mis dedos quedaran inmóviles en tu interior mientras saboreabas el orgasmo que te recorría de arriba a abajo.

–Abrázame –dijiste con dulzura después de ponerte la ropa interior.

–¿Que te abrace?

–Sí, por favor. Necesito cariño después de un orgasmo –contestaste mientras me rodeabas con los brazos y me tumbabas a tu lado, en mi pequeña cama.

Estuvimos mirándonos durante un buen rato. Nunca sabré decir en qué pensabas. De repente, te llegó al móvil un mensaje de tu novio y te entró mucha prisa por irte. Te ves-

tiste, me diste las gracias por el masaje y fuimos hasta la puerta.

–¡Nos vemos! –me despedí mientras te sonreía.

Dijiste adiós con la mano, me tiraste un beso y te subiste al coche.

No habían pasado ni dos minutos desde que cerrara la puerta del piso tras de mí, cuando me llegó tu mensaje:

«Gracias por el masaje, me has sorprendido mucho. No sabía que cuidarás tan bien a tus amigas».

Te respondí:

«No vuelvas a darme las gracias, me gusta tenerte desnuda en mi cama... Ahora tenemos que encontrar la ocasión para que seas tú quién me sorprenda a mí».

No sé decir por qué, pero, en ese instante, supe que para bien o para mal, ibas a dejar una gran marca en mi interior.

Esa noche dormí rodeado de aroma a crema de coco, es decir, aroma a ti, a nuestro masaje, a nuestro primer beso... y al primer día que te tuve desnuda en mi cama.

La serpiente, el ratón y la muerte

«La muerte es algo que no debemos temer porque, mientras somos, la muerte no es y cuando la muerte es, nosotros no somos».

–Antonio Machado.

La serpiente abrió los ojos. Raramente se despertaba durante la noche, pero esta vez era diferente. Al parecer, tenía compañía. Esperó unos segundos y volvió a oírlo. Había sido cerca de su cola. Levantó la cabeza y vio un pequeño ratón hurgando en la maleza. Era un ratón de campo, con el pelaje pardo, joven pero adulto; probablemente buscando algo de comida aprovechando las horas nocturnas, como un buen roedor debe hacer.

–Hola –susurró la serpiente.

El pequeño ratón sacó lentamente la cabeza de entre la hojarasca, sorprendido por la repentina voz que le saludaba. Cuando vio quien era su interlocutora, su pardo pelaje se erizó de tal manera que parecía querer despegársele de la piel.

Se miraron fijamente durante unos segundos de auténtico terror para el ratón y cierto divertimento para la serpiente hasta que, finalmente, esta última decidió romper el silencio:

–No tengas miedo ratoncito –dijo con la voz más apacible del mundo–. ¿Sabes?, estabas hurgando justo al lado de mi cola.

–Lo siento mucho. N-no sabía que estabas a-aquí. De haberlo sabido n-no me hubiese a-a-acercado... –dijo el ratón tartamudeando por el miedo.

–Sin embargo, estás aquí –contestó con calma la serpiente–. Y sabes que voy a comerte.

–Sé que eres u-una s-serpiente, pero pensaba que tal vez fueses diiii-ferente a las otras y me dejases i-ir.

–¡Ay, pequeño iluso! Ojalá pudiese, pero no –suspiró la serpiente–. De todas formas, ¿qué te hace pensar que no soy como las demás?

–Una serpiente se comió a mi p-padre hace unas semanas. Yo estaba con él, y esa serpiente no le saludó antes de atacarlo –contestó el ratón con la voz un poco más calmada.

–Lo siento por él. Pero tienes razón, no soy como las demás. Aun así, sí soy una serpiente y no tengo elección. Desde el momento en que te he visto, estás técnicamente muerto, pequeñín.

– Si vas a comerme, ¿por qué te comportas así conmigo?

– ¿Por qué no hacerlo?

– P-porque no es normal...

–Me trae sin cuidado qué es normal y qué no. El mundo se ha convertido en un sinsentido donde hacer lo correcto carece de toda corrección. ¿Qué edad tienes ratoncito?

–Ayer fue mi treinta y un cumpleaños.

–¡Felicidades! Yo tengo seis años. Unas trescientas semanas si lo prefieres.

–Eres muy afortunada... –dijo el ratón con los ojos húmedos.

–¿Estás llorando?

–No –contestó mientras la primera lágrima se resbalaba por su mejilla.

–Vamos pequeñín, no tienes por qué llorar. ¿Te asusta la muerte?

–No me asusta, pero me apena. No quiero morir aún...
–sollozó sin remedio el ratón.

–¿Cómo te llamas? –la serpiente se acercó ligeramente al ratón.

–No tengo nombre. Los ratones no lo tenemos –contestó, ahora ya entre llantos desconsolados.

–Está bien. Entonces te llamaré Ratoncito. Ratoncito, vas a morir y no puedo ayudarte. En cuanto tenga un poco de hambre mi instinto hará que me abalance sobre ti y no tendrás tiempo ni de pestañear. Si tratas de huir antes de que eso pase, también mi instinto hará que me abalance sobre ti; en ese caso todo será más violento. Desgraciadamente, tú también tienes instinto, y probablemente hará que intentes huir en cualquier momento. Ya sabes el resto –la serpiente se acercó un poco más, menos de treinta centímetros les separaban a uno del otro.

El ratón soltó un sollozo de pena y sus llantos se hicieron más fuertes.

–Ratoncito, ¿por qué lloras?

–¿Disfrutas con esto? Está claro porque lloro. Lloro porque voy a morir –contestó con un deje de rabia en la voz.

–Esa es una respuesta muy pobre. Insisto, ¿por qué lloras?

El ratón no contestó. Lloraba desconsoladamente mientras la serpiente lo miraba con curiosidad.

–Ratoncito, nada puedes hacer para evitar tu muerte. Sin embargo, sí puedes elegir como morir. Siempre podemos elegir. Podemos elegir como vivir y también podemos elegir como morir.

–¿Puedo elegir mi muerte?

–Así es. Puedes elegir como morir. No puedes elegir la muerte que quieres, no me refiero a eso. Pero si puedes elegir el modo en que la recibes. Puedes elegir morir triste y sufriendo, o puedes elegir morir feliz, en paz.

–¿Estás loca? ¿Cómo puedo estar feliz si sé que voy a morir?

–¿Estando triste evitarás la muerte?

–No...

–Entonces, ¿debo entender que prefieres decirle adiós a la vida llorando?

–No, pero no puedo evitarlo...

–Sí que puedes. Hasta en el peor de los momentos, tú puedes elegir la manera de afrontarlo. Nada puedes hacer para salvarte, por lo que de nada sirve entristecerse. Ratoncito, solo tú puedes elegir como quieres que sean las cosas. Ese es un poder que solo tú posees. Lo has poseído toda tu vida, en cada instante has tenido el poder de ser feliz o no. Sonríe Ratoncito, te prometo que será muy rápido, apenas lo notarás.

El ratón, terriblemente confundido, ya no lloraba, sino que observaba a la serpiente con desconcierto. Acababa de escuchar la verdad de la boca de una serpiente que en breve se convertiría en su verdugo. Acababa de descubrir algo que desearía haber descubierto al inicio de su vida, no al final. No podía creer que fuese a morir. No ahora. No después de haber descubierto lo que estaba seguro de que era la clave de la felicidad.

Miró a la serpiente. Se estaba acercando a él. No había nada que hacer. Al menos podría disfrutar de esa sabiduría durante unos instantes. Moriría feliz. Así lo quería y ahora sabía que tenía el poder de hacerlo.

Cerró los ojos y sonrió, dispuesto a afrontar la muerte en paz. De repente... ¡CHAS!

Tal y como prometió la serpiente, todo ocurrió muy rápido.

El ratón abrió los ojos y vio delante de él a un enorme zorro rojo. En su boca la serpiente, colgando, sin vida, y con una sonrisa en los labios. El zorro engulló a la serpiente y se alejó a través de la maleza. El ratón sonrió. Sonrió esta vez sin esfuerzo. Estaba amaneciendo. Decidió que era hora de volver a casa. Por el camino no pudo dejar de pensar en lo que había sucedido esa noche. Esa noche, la vida le había dado dos lecciones que jamás olvidaría. La primera que, aun cuando más cierto parece el futuro, no hay nada seguro y todo es susceptible de cambiar, por lo que hay que vivir en el presente y jamás pensar en el futuro como una certeza, sino como un apasionante e impredecible misterio. Y la segunda, que nosotros somos los únicos dueños de nuestra felicidad y nada ni nadie puede quitarnos el poder de elegir vivir en paz, aun en el peor momento de nuestras vidas.

Nosotros, todos, tenemos el poder de elegir cómo afrontamos cada momento de nuestra vida. Siempre.